

## **De los libros como curiosidad de museo**

**Escribe: NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA**

Hubo un tiempo en que los libros se guardaban en cofres o se les veía atados de los atriles con no muy sutiles cadenas en las salas de los monasterios medievales. Eran entonces el producto de laboriosos copistas o calígrafos, tan famosos algunos de ellos como el conocidísimo Sintram, de quien se ha dicho que "no había monasterio del otro lado de los Alpes que no se gloriase de tener algún manuscrito suyo". Trabajó este Sintram en el de Sankt Gallen, donde se copiaban sin descanso libros de toda clase. No hubieran podido encontrar los apasionados lectores del siglo IX un refugio mejor que ese silencioso monasterio consagrado al discípulo de San Columbano. Y justamente porque lo fue, un buen día llegó a sus puertas una santa mujer llamada Wiborada, ejemplo rarísimo para esa época de desvelado amor al estudio entre las mujeres. ¿Iba ella a buscar la compañía de los numerosos libros que en ese monasterio se copiaban sin descanso? Lo cierto es que allí estuvo reclusa en una celda durante treinta y cuatro años, dedicada a la lectura y la meditación. Un día, mientras sus ojos descansaban de estar puestos mucho rato sobre los apretados textos de algún evangeliario ya famoso, vio que por el camino extendido a lo lejos se acercaba una guerrera multitud envuelta en grisácea nube de polvo. Corrió ella a avisarle al abad Engelberto sobre la inquietante novedad. Se armaron en un momento de lanzas y corazas todos los monjes y resistieron el ataque de los bárbaros. No pudieron estos batir el monasterio pero en cambio alcanzaron con un dardo a Wiborada, como si hubieran comprendido que había sido ella la causa de no haber podido tomar de sorpresa a los monjes de Sankt Gallen. Murió la reclusa el 2 de mayo y esta es la fecha en que los bibliófilos celebran el día de su patrona y abogada que lo es aquella virgen y mártir, cuyo amor a los libros no debió tener antecedentes a juzgar por tal patrocinio.

Esta larga introducción hagiográfica, nos dice don Luis Villagómez, gustaría mucho de verla consignada en sus notas sobre bibliofilia para conocimiento de todos los buenos amantes de los libros que aún no sepan

como también ellos tienen su intercesora. A ella debemos invocar los bibliófilos si queremos escapar de las embestidas sorprendidas de quienes, por no conocernos, pueden dar en la flor de atribuirnos aficiones que no hemos pensado nunca practicar como la de convertir el libro en curiosidad de museo. Despojados hasta del más mínimo remedo de injuria como conviene a buenos cristianos y de la mano de Santa Wiborada, para no errar en nuestro juzgamiento, quisiéramos tratar esta vez acerca de los maniáticos guardadores de libros que miran a estos como curiosidades de tal categoría, vale decir como objeto y no como instrumento. Quizá pueda decirse que este grupo forma legión en cada país donde se encuentra. Su número en vez de disminuir aumenta cada día que pasa, a medida que esa planta silvestre de la vanidad echa sus raíces en todos los círculos donde opera la actividad humana con apariencias de cultura. Bibliómanos es el nombre que les cabe y son todos esos que guardan los libros, ellos sí, como curiosidades de museo, muy diferentes de los bibliófilos aunque algunos que quizá no son ni la una ni la otra cosa confundan los dos claros conceptos. Libropesía llamó a esta afición de guardar libros sin beneficio el cáustico don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad.

Hace más de veinte años, en la inauguración de una de esas ferias del libro que de modo tan inexplicable desaparecieron de Bogotá, el entonces ministro de educación doctor Antonio Rocha expresó su admiración por los bibliófilos que, después de encontrar la preciosa edición, “no quisieron violentarla leyéndola” por quedarse embelesados en la contemplación de los elegantes estampados, de las capitales, colofones y viñetas. Vea usted ahí, confundidas extrañamente por quien sabe de libros como pocos entre nosotros, esas dos maneras tan diferentes de apreciar el libro que son la bibliofilia y la bibliomanía. Error en que también hubo de incurrir don José María Vergara y Vergara en esa deliciosa página suya de *Las tres tazas* que todos hemos saboreado con placer. En la dedicada al chocolate comienza de este modo el gracioso cuadro de costumbres: “Soy coleccionador, bibliómano o anticuario...”. Y a la vuelta de la hoja 197 del ejemplar que don Luis nos alcanza de los *Artículos literarios* (Londres, publicado por Juan M. Fonnegra MDCCCLXXXV) dice el fino escritor bogotano: “Pues iba diciendo que soy bibliófilo, o cosa parecida; y por esta razón poseo impresos en abundancia y variedad”.

No. El bibliófilo jamás llega hasta el extremo de anteponer el deleite de la contemplación meramente externa de las características editoriales del libro al interés mismo que su lectura pueda causarle. Es verdad que no dejará él de apreciar con los cinco sentidos las cualidades de rareza que tenga cualquiera de los más escogidos entre sus libros, pero solo para tomar con ello un mayor interés hacia el objeto de que tratan. Cosa distinta es la que sucede con el maniático guardador, porque este no solamente no los lee sino que ni siquiera se cuida de mirar bien la diferencia de su hechura entre unos y otros. Un reputado pie de imprenta cuenta menos para él que los oros del lomo. Es este quien verdaderamente mira al libro como curiosidad de museo, vale decir como elemento decorativo. Su retrato más fiel es aquel cuya composición de lugar podemos imaginar en París, en algún sitio cercano al muelle de Malaguais. Rodeado de altas

filas de libros, los más de ellos guardados en armario con triple cerradura, se encuentra el bibliómano sentado en cómodo sillón, abstraído en la contemplación de los ricos lomos con cuyos oros, como dijo quizá con poco rigor cronológico fray Antonio de Guevara de los contenidos en las obras encuadernadas de Esquines que tanto veneraba Pirro “se pudieran casar muchas huérfanas”. Espera el bibliómano la llegada de algún visitante a quien ha de mostrar, sin permitirle peligrosos acercamientos, su nutrida biblioteca. El visitante no es otro que el escéptico Francois Anatole Thibault, más conocido en el mundo de las letras como Anatole France, gran amante de los libros. Por un momento el bibliómano deja solo a France, después de que ha observado en este el modo cuidadoso con que toma los pocos libros que han quedado a su alcance. Cuando regresa, encuentra para dolor suyo que el famoso escritor se ha armado de un cortapapel y ha abierto las hojas de un tomo de magnífica edición de Aristóteles. El bibliómano, como herido de muerte, suéltase a llorar en forma incontenible mientras con voz entrecortada reclama por el daño causado: ¡Qué desgracia! ¡Yo que tenía los veinte tomos sin abrir!

Sin embargo, conforme a lo expresado por don Jacinto Benavente “es tanta la virtud espiritual de los libros, que aun cerrados nos hablan y sin leerlos nos comunican calor de inteligencia”. Quedaría entonces por determinar la sutilísima trama con que haya podido ser elaborado el concepto de que algunas personas en su trato con el libro consideran a este como curiosidad de museo, es decir, como objeto y no como instrumento. ¿Se refiere esta calificación exclusivamente a quienes tienen al libro como elemento decorativo para el hogar? En este caso, nos dice don Luis, les vendrían muy bien a esos hogareños coleccionistas libros por el estilo del suntuoso de Mr. Quantain, primer tomo de una serie formada por el tema de los trajes y objetos de adorno personal de las mujeres. Ese primer tomo, algunos de cuyos ejemplares fueron impresos en papel de Holanda con encuadernación en raso blanco, es dedicado al abanico y trae 65 soberbias láminas a todo color. Quizá los guardadores de libros en la categoría de quienes los conservan como curiosidad de museo no sean los ya expresados coleccionistas hogareños, sino aquellos que buscan condiciones más raras de impresión, más singulares y peregrinas características, en cuyo caso habría que contar en ese grupo a quien guardara uno de los 380 ejemplares de la *Enfance du Christ*, de Boutet, que la señora J. G. Daragnes hizo imprimir sobre hojas de cloruro de polivinilo, hace quince años. O el ejemplar único de *España en el corazón* de Pablo Neruda, hecho entre el martilleo de los obuses por los soldados republicanos españoles con papel confeccionado por ellos mismos de las banderas enemigas en el campo de batalla. O de épocas remotas, alguno de los llamados libros sibilinos que la Sibila de Cumas vendió a Tarquino el Soberbio, los cuales incluían, según se refiere, las predicciones sobre la suerte de Roma. O uno de los denominados elefantinos, cuyo nombre se debía a que eran hechos con tabletas de marfil, grabadas o pintadas, aunque Escalígero dijera que tales libros eran llamados así por ser hechos con los intestinos de los elefantes.

Con libros como los mencionados, remata don Luis Villagómez, me sentiría muy conforme de que alguien confundiera mi biblioteca con un

museo, por más que para guardarlos con el celoso cuidado por ellos merecido, tuviera que privarme de la compañía que ahora me hacen estos mis amigos de tomo y lomo, ninguno de los cuales, si bien a otros lo parezca, puede considerarlo como pieza de museo un bibliófilo que gusta de aprovecharlos más como instrumento que como objeto. Y que Santa Wiborada, patrona de los bibliófilos, nos libre de torcidos juzgamientos así como de caer en la tentación de mirar al libro como lo que no es, de que muy poco beneficio recibiría nuestro corto entendimiento tan necesitado de luces.